

30
AÑOS
1989-2019
LOS MEJORES



LOS MEJORES 2019

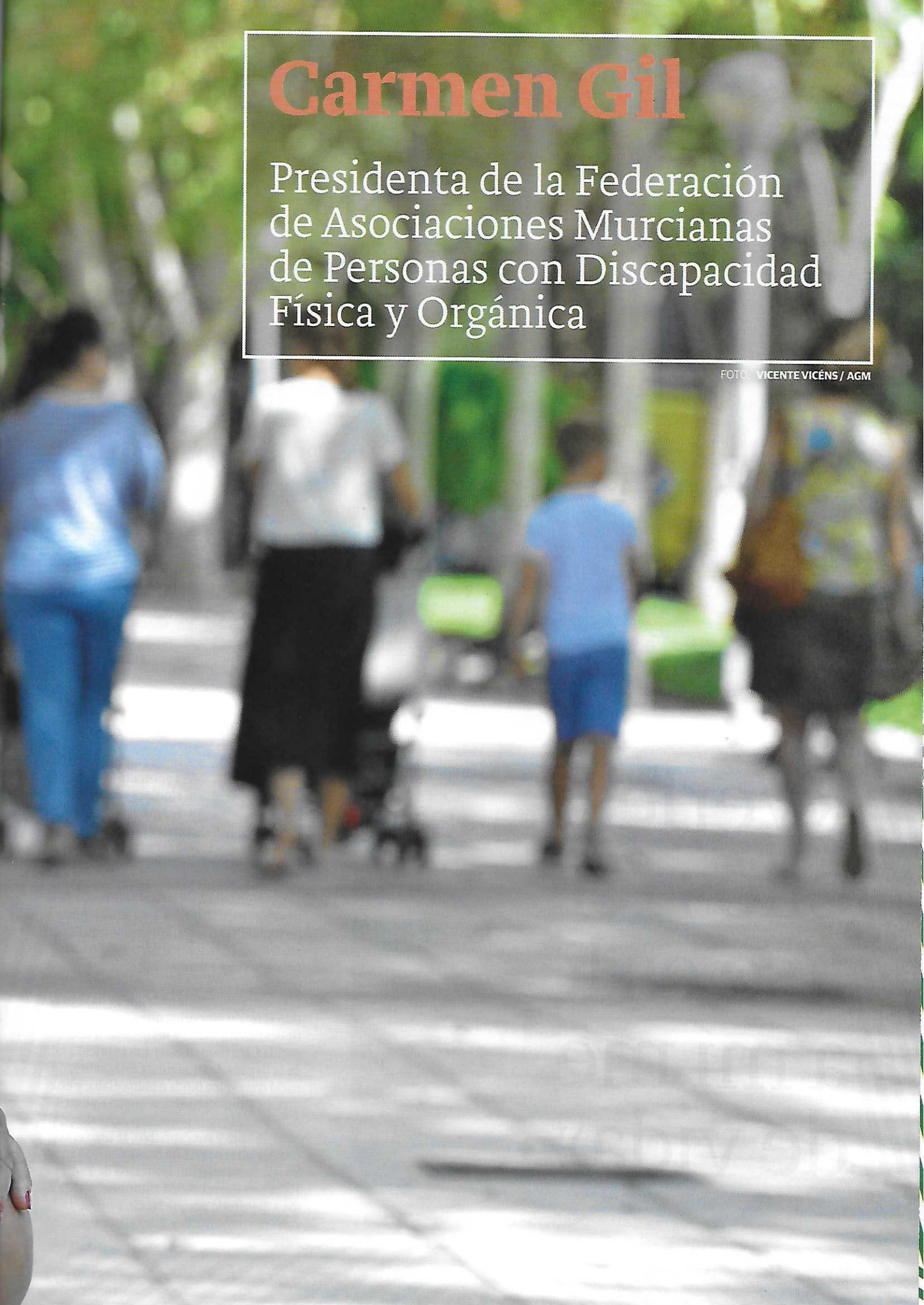
LA VERDAD



Carmen Gil

Presidenta de la Federación
de Asociaciones Murcianas
de Personas con Discapacidad
Física y Orgánica

FOTO: VICENTE VICÉNS / AGM





La presidenta de Famdif en una visita a un centro asistencial. VICENTE VICENS / AGM

ENTREVISTA

«Verles a ellos felices. Eso es lo que a mí me llena de vida»

— por Marta Semitiel

Hace treinta años, ella no hubiera apostado un céntimo —ni siquiera una peseta de las de entonces— a que este sería su destino, pero confiesa ser una gran creyente «del sino de las personas» y dice, sin atisbo de duda, «este era el mío».

Carmen Gil Montesinos (Murcia, 1965) lleva veinticuatro años moviendo —junto a otros muchos padres, amigos, compañeros, profesionales, a los que menciona constantemente y que «siempre van conmigo, lo que pasa es que solo me veis a mí»— los hilos de esa gran tela de araña en la que se ha convertido el tejido asociativo que sostiene —«multiplicando los panes y los peces»— a la discapacidad. Un mundo en el que se inició a raíz de la llegada de su segunda hija, Laura, que nació con espina bífida e hidrocefalia, y en el que, tres años después, se quedó a pesar del fallecimiento de la pequeña porque algo, quizá el destino y sus caprichos, le hizo entender que ella todavía no había acabado su labor en la Asociación Murciana de Padres e Hijos con Espina Bífida (Amupheb). «Me lo iba a dejar todo porque las circunstancias eran muy difíciles. Luchar por algo

> tan desconocido como la espina bífida después de perder a tu hija... pues bueno, había mucha gente que me trasladaba 'para qué vas a seguir, si ya no tienes el problema'. Pero no. La vida me hizo comprender que esto no es ningún problema, sino una circunstancia que te ha tocado vivir. Y esa fuerza para seguir luchando me la dieron los niños con espina bífida. Recuerdo que me pusieron en brazos a uno de ellos, recién nacido, y ahí fue cuando tomé la decisión, creo que acertada, de seguir luchando por lo que yo ya no tengo en este mundo», hace una pausa. Y añade, con el rostro lleno de honestidad: «Ellos fueron los que me dieron la fuerza y, la verdad, los quiero como si fueran míos». Y debe ser cierto porque, por ellos, los usuarios de Amupheb, Carmen es capaz hasta de hacer obras en su casa para tirar el muro que separa su salón del pasillo. «Son como parte de mi familia y vienen muy a menudo a mi casa, pero hija, con las sillas es muy difícil manejarse», explica sentada en su salón, mirando la pared que va a quitar de en medio, mientras que la Virgen de la Ascensión, enmarcada tras de sí, y un pequeño Cristo del Perdón, en una estampa colocada en la esquina de ese marco, la contemplan con devoción. Porque a Carmen no se la puede mirar de otra manera.

Esa fuerza de la que habla no solo la mantuvo en pie, sino que le insufló energía para presidir Amupheb hasta hoy. Un cargo que le brindó «la oportunidad de conocer a otras entidades y entrar a formar parte de lo que hoy sigo presidiendo también, que es Famdif-Cocemfe Murcia», la Federación de Asociaciones Murcianas de Personas con Discapacidad Física y/u orgánica, integrada en la actualidad por dieciséis entidades.

Gracias a Amupheb, Carmen se enroló además en la Federación Española de Asociaciones de Espina Bífida e Hidrocefalia (Febhi), donde también es presidenta y en la que «siempre he tenido algún cargo de forma voluntaria, porque los que formamos las ejecutivas y directivas somos todos voluntarios», recalca para disipar todas las dudas. Un voluntarismo que ejerce –suma y sigue– como vicepresidenta del Comité Español de Representantes de Personas con Discapacidad en Murcia (Cermi). Desde todos estos «paraguas», como ella llama a las entidades que cubren y engloban a otras entidades, Carmen no solo lucha por los derechos de las personas con discapacidad –«porque eso es lo que son, el término diversidad funcional no nos gusta nada»–, sino también por visibilizar y concienciar sobre una realidad «que a todos puede tocarnos en cualquier momento, por el nacimiento de un hijo o porque nos pase algo, una enfermedad, un accidente».

Ella, que durante doce años regentó su propia peluquería, –«porque yo no quise estudiar», reconoce sin tapujos–, nunca hu-

bera imaginado que acabaría inmersa hasta la médula en el mundo de la discapacidad, un mundo que le devolvió el favor dándole una salida laboral al quedarse viuda hace veinte años. «Acababa de perder a mi hija y a mi marido, pero tenía que ganarme la vida porque me quedé con una hija a la que alimentar». Y fue entonces cuando Amupheb la contrató como coordinadora de programas. «Ese es mi trabajo. Todo lo demás es también trabajo, pero altruista», ríe. Altruista sería una buena palabra para definir a Carmen, y si fuera un traje probablemente el adjetivo se le quedaría muy pequeño.

La solidaridad es algo que esta triple presidenta y vicepresidenta de las personas con discapacidad lleva en las venas gracias a Lola, su madre. «Yo no recuerdo una Navidad en la que

«Hay que concienciar mucho sobre la discapacidad, porque a todos puede tocarnos en cualquier momento de nuestra vida»

no hubiera alguien desconocido sentado en nuestra mesa. Alguien que estaba solo y a quien mi madre invitaba a casa. Claro, aquello era algo que yo no entendía cuando era pequeña, pero con el tiempo me di cuenta de lo que eso significaba», hace una pausa con la mirada perdida; «mi madre es todavía muy conocida en San Antolín, el barrio donde me crié, porque siempre era la primera en es-

tar cuando algún vecino necesitaba algo. Ella ha sido muy solidaria toda la vida, a pesar de que nosotros éramos una familia humilde con muy pocos medios económicos», guarda silencio otro par de segundos y termina con una sonrisa: «Yo estoy muy orgullosa de mi madre». Seguramente tanto como lo está de ella, a su vez, su hija Patricia, quien también ha heredado ese gen particular de la solidaridad –prueba de ello es que juntas, madre e hija, estuvieron hace unas semanas quitando barro en la pedanía de El Raal, azotada por las lluvias torrenciales del mes pasado–.

Gracias a un reto que le lanzó su hija, Carmen se matriculó en un programa de educación para adultos cuando tenía unos 45 años, para poder tener la ESO. «Los primeros días salía de clase con ganas de llorar, porque yo ni siquiera sabía cómo poner los acentos, y de pronto me vi estudiando Historia, Ciencias Sociales... Aquello se me hacía un mundo, no me veía capaz. Pero oye, pronto me hice con el ritmo y lo disfruté muchísimo, porque nos daban las lecciones como si fueran cuentos y me encantaba», dice casi riéndose de sí misma. «Después de aquello, me matriculé con mi hija y fuimos las dos juntas a sacarnos el título de técnico de atención sociosanitario. Y allí fue cuando empecé a escuchar palabras que yo no había oído en mi vida. Que si empatía, que si asertividad. Las jóvenes hablaban de forma tan natural con esos conceptos, y cuando supe lo que significaban, ¡me di cuenta de que estaba poniéndole nombre a cosas que llevaba años haciendo!», ríe de nuevo.

Con tragedia y ternura casi a partes >

ALMA, CORAZÓN Y VIDA ROSA PEÑALVER

Expresidenta de la Asamblea Regional



No se me ocurre mejor encabezado que el de este precioso vals peruano que todos los grandes han cantado para escribir sobre mi amiga Carmen Gil, presidenta de Famdif. Creo que estas tres palabras juntas expresan de forma sencilla y rotunda la relación y el trabajo de Carmen Gil por la discapacidad en esta Región.

Conocí a Carmen en el año 97 en la Federación de Discapacitados Físicos en mi primera reunión; ella asistía como presidenta de Amupheb y yo lo hacía por Accu. Esa tarde, cohibida, me limité a presentarme y escuchar. Ella, sin embargo, se presentó diciendo que venía de unos sucesos muy dolorosos (que yo desconocía) y que iba a dedicarse a trabajar por su asociación; intervino, además, a lo largo de la reunión en todos los puntos y aunque había discrepancias nadie esa tarde quiso contradecirla por respeto a su situación, que conocían. Me marché de allí pensando que esta mujer no viene de Harvard precisamente ni falta que le hace porque valor no le falta y tiene muy claros sus objetivos.

Años después, cuando tristemente falleció nuestro querido Diego Manzanao ambas formábamos parte de su ejecutiva en Famdif.

Carmen decidió entonces presentarse a la presidencia, me pidió apoyo y asesoramiento. Recuerdo horas y horas de teléfono, reuniones explicándole cómo presentar su campaña en un momento complicado en la federación, cómo abordar algunos temas y que tendría que aprender a bailar con lobos (frase que siempre me recuerda). Desde 2003 Carmen Gil preside Famdif. Incombustible al desaliento ha estado ahí, formándose, creciendo, apoyando a las asociaciones en los años buenos y en los duros años de recortes, sumando al frente de una organización que hoy cuenta con 40 trabajadoras y trabajadores y 17 asociaciones que suman más de 5.000 asociados.

No le hacía falta venir de Harvard, como en el vals ella ha puesto lo que tenía: alma, corazón y una vida.